

CORTES: EL CONQUISTADOR IGNORADO POR MEXICO

Josefina B. Williams*

CORTEZ: THE CONQUEROR THAT MEXICO IGNORES

ABSTRACT

The Spanish "Conquistador" Hernan Cortez looms large in the history of Mexico. Perhaps no other single individual has done more to shape the people and destiny of that country, both for good and ill. Mexico is a country which recognizes not only her own heroes and historical events, but those of many other nations as well. Yet, the figure of Cortez is conspicuously absent in the national monuments; indeed, there is not a single statue or place name in the country which acknowledges Cortez. Why? The present paper attempts to answer this controversial question.

As conqueror of Mexico, Hernan Cortez shared with Pizarro and other Spanish military leaders, the responsibility for the near total destruction of most important Indian civilizations. Diseases brought to America by the Spaniards devastated the native Indian populations, and cruelty with which the Spaniards implemented their conquest is indeed a dark chapter in the history of Mexico. Nonetheless, Cortez was in many ways a victim of his times. Old world diseases would have reached America with or without Cortez, and the feudal system introduced by the Spaniards, which is viewed so negatively today, was a carbon copy of the land and social system of Spain at the time. In many ways Hernan Cortez stands out as a more humane individual than were most of his fellow compatriots. He was an educated man; he placed his own role in history above the immediate material wealth available through plunder.

The attempt to deny Cortez his place in Mexican history can be explained as a sincere, if misguided, attempt by a nation struggling to recognize, and take pride in its Indian past. The "Indianismo" movement which swept Mexico and culminated in the Mexican Revolution is an understandable attempt on the part of a people to throw off the indignity of the Spanish conquest and colonial exploitation. However, today Mexico is a mature country with its own distinct culture and personality. That personality has been

*Department of Comparative Cultures.

shaped as much by Spain as by the Aztec Empire. The national pride of Mexico is no longer served by ignoring one-half of its cultural amalgamation. It is time for Mexico to face history honestly and fairly, and the role of Cortez in that history.

Introducción

México, país de montañas agrestes y volcanes amenazadores, de valles tranquilos y feraces y de desiertos polvorientos y desolados... México, la tierra del faisán y del venado; cuna del maíz, del tabaco y del chocolate que se han esparcido tanto sobre nuestro planeta que ya casi nadie conoce su origen... México, crisol de razas que se han fundido para engendrar ciudadanos apegados a sus tradiciones y costumbres que conservan un fuerte sabor nacional, como las Posadas de Navidad y las calaveras del Día de Muertos; los sones y los corridos que se cantan ya acompañados de mariachis, ya de marimbas y guitarras... México, tierra de reliquias arqueológicas que son un mudo testimonio de las grandes y enigmáticas civilizaciones mayas, aztecas, tarascas, teotihuacanas, olmecas, por nombrar algunas de las tantas que forman parte de nuestra historia... Si, país de Sor Juana Inés de la Cruz y de Nezahualcóyotl, de Cuauhtémoc y del Pípila, de Hidalgo y de Morelos, de Juárez y de Zapata, de Moctezuma y de Cortés... No, no. ¡No! De Moctezuma, sí, pero ¿de Cortés?

Al recorrer las calles, paseos y plazas de México, podemos admirar multitud de bustos, estatuas y monumentos imponentes dedicados a la memoria de grandes figuras o de portentosas hazañas, no sólo del propio país sino de tierras vecinas y lejanas, ya reales o ya mitológicas. Mas están ahí para recordarnos una página más de lo que hoy es sólo historia...

Y así, lo mismo encontramos a Diana Cazadora como a Doña Josefa Ortiz de Domínguez, a Amado Nervo como a Sócrates, a Cuauhtémoc como a Bolívar, a Washington como a Colón, a Carlos IV como a Obregón. No todos los grandes hombres han sido héroes, ni todos los héroes han sido grandes hombres, pero éstos por algún hecho y aquéllos por alguna visión, han dejado su huella inequívoca y por ende, difícil de olvidar. Entonces en México, ¿dónde está la estatua de Cortés?, ¿dónde la plaza de su nombre? Se busca y no se encuentra y uno se pregunta: ¿es que en México no se le recuerda?

Si en Perú se puede observar la efígie de Pizarro, en Panamá la de Balboa y en Guatemala la de Alvarado, ¿cómo, entonces, en México se ignora a quien "es el único entre los conquistadores españoles que haya mostrado el deseo de conservar las institu-

ciones aborígenes¹” y a quien “fue el primer hombre que sintió latir en su corazón un patriotismo mejicano²” ?

El Conquistador

¿Quién fue Hernán Cortés? Vano sería el repetir su biografía ya varias veces publicada y escrita; bástenos saber que nació en Medellín, España en el año de 1485 de nuestra era que equivalía al Chicome-Calli (6-Casa) de la era del pueblo que décadas después llegaría a conquistar; que a los catorce años entró a estudiar leyes a Salamanca donde permaneció dos años y que a los diecinueve desembarca en la Isla La Española, hoy llamada Santo Domingo.

¿Qué lo impulsó a interrumpir sus estudios, tomar las armas y dejar su tierra natal? ¿Fue el deseo de buscar aventuras su único motivo? El joven Hernán pasa su vida en la España que bullía de actividad y excitación por las nuevas perspectivas que el descubrimiento del Nuevo Mundo le ofrecía a la par del delirante triunfo que tras tantísimos años de luchas habían obtenido al fin los cristianos expulsando a los moros de su territorio. Todo esto debió provocar en el espíritu del inquieto joven una curiosidad y deseos enormes de lanzarse en busca de ese mundo desconocido que parecía haberle echado el anzuelo de una manera invisible. A la sazón, muchos españoles se habían hecho a la mar y comenzado a poblar “las Indias” o nuevos territorios, colocando a España en las primicias de su era más próspera. Cuando Cortés llegó a Santo Domingo, las islas, (porque el continente no había sido explorado todavía) que formaban los nuevos territorios de la Corona, contaban ya con sus sedes gubernamentales y colonos, siendo el Gobernador de la Española, considerada ésta la capital de las Indias, el jefe supremo de las mismas.

A todo español que llegaba se le entregaba tierra para labrar y construir su casa más un cierto número de “indios”, como llamaron a los nativos, para su servicio; todo esto a condición de que se estuviera en ese lugar un mínimo de cinco años criando ganado y cultivando la tierra. Si se compara la vida de España con la que llevaban en los territorios descubiertos ésta última les resultaba hartamente fácil y regalada; tanto que hasta el historiador Motolinía escribe escandalizado: “Ver con cuánta pesadumbre se levanta un español de su cama muelle, ... y pide de vestir como si no tuviera manos para lo tomar, y así le están vistiéndolo como a manco; ...y porque le ha dado un poco de frío o de aire, vase al fuego mientras que le limpian el sayo y la gorra, y porque está muy desmayado desde la cama al fuego, no se puede peinar, sino que ha de haber otro que le peine...la comida ha de estar muy a

punto...y después reposa y duerme...³” Resulta pues contradictorio que luego de habérsele informado de la cláusula de los cinco años que debía permanecer ahí, que Cortés replicara su famosa frase: “Ni en ésta ni en ninguna otra isla de este Nuevo Mundo deseo yo ni espero estar tanto tiempo,” ya que permaneciera no cinco sino quince años en estas islas. Pero es que Hernán Cortés, aunque no se hiciera a la mar, no desperdició su tiempo sino que con astucia e infinito cuidado se preparaba para cuando le llegara su hora. Así, se casa para restituirle su honor a una joven mientras devanea con otras terminando de “compadre” nada menos que del Gobernador de Cuba, Diego Velázquez (quien más tarde lo nombra Capitán General); al mismo tiempo que aprende toda la maraña de intrigas políticas de su época haciendo uso al máximo de los estudios que en Salamanca había dejado a medias y de su don de gentes que era una de sus grandes cualidades humanas.

De todo esto hay prueba entre los historiadores ya que se nos dice que “Cortés se condujo tan esforzadamente en la guerra que al poco tiempo llegó a ser el más experto de todos.”⁴ Las Casas añade: “después de que Cortés pasó a Cuba con Velázquez, a nada dedicaba más atención que a congraciarse con su jefe de todas las maneras posibles.”⁵ Y Madariaga remata: “Cortés fue gran capitán en el campo de batalla, y su bravura, dicho sea con toda frialdad y con objetividad histórica, llegó al heroísmo; pero también era astuto diplomático y sagaz negociador, verdadero artista en el arte de manejar a los hombres, y este rasgo contribuyó mucho más que el primero a elevarle en los primeros años.”⁶

Hay que tener en cuenta que, en general, los conquistadores y todos los que llegaban a los nuevos dominios, además del deseo de aventuras y de gran ambición, poseían dos cualidades indiscutiblemente innatas que los cuatrocientos años de guerras en contra de los moros les habían infundido hasta los huesos a todos aquéllos que se enorgullecían de ser españoles: el espíritu de lucha y la fe católica. Como dice Madariaga: “los conquistadores, vástagos de veinte generaciones de vencedores de moros, acudían al Nuevo Mundo imbuidos de la certeza absoluta de estar en su derecho y en su deber como hidalgos al ganar nuevas moradas y abundancia de pan luchando contra aquellos nuevos infieles en tierras ignotas.”⁷ Los moros fueron expulsados de España más por ser infieles que por extranjeros; de aquí que el mismo Cortés al describir Tenochtitlán escriba; “Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos...”⁸ Llama mezquitas a los templos no cristianos que, por tal motivo son de infieles y los infieles, son moros; tal era el fervor religioso de aquella época: servir a Dios era una de dos cosas, o convertir al infiel, o guerrear contra él si se negaba a ello pues esto significaba que se declaraba enemigo de Dios. En esos tiempos, el Estado y la religión eran una misma cosa: el Rey era el

ministro de Dios en la tierra, idea que prevalecía no sólo en España, sino en toda Europa y el servir al Rey era lo mismo que el servir a Dios y la conversión a la fe no era un acto personal y religioso sino más bien colectivo y político. En esos primeros años de la conquista de América, Martín Lutero (aunque ya había nacido), y sus disidentes no habían hecho eco aún en la cristiandad existente; sería injusto pues, juzgar de falsos e hipócritas los intentos de los conquistadores al querer convertir a los indios. Hernán Cortés insistió muchas veces en que “no tengo otro pensamiento que el de servir a Dios y al Rey.” Su celo religioso tuvo que ser refrenado muchas veces por su capellán, el padre Olmedo, como lo relata Bernal Díaz, especialmente después del incidente de Cempoala en el que Hernán Cortés derribó violentamente los ídolos paganos y casi echa a perder la amistad que el cacique le ofrecía.

De la ambición que todos tenían, en Cortés era suya más la de poder que la de riquezas pues aunque se veía corto de recursos, cuando los tenía, los invertía no sólo para sus gastos de casa, sino para financiar sus empresas futuras, ya regalando aquí, ya sobornando allá pues sólo con el éxito podría justificar los orígenes dudosos de su autoridad inicial; a toda costa tenía él que lograr que la conquista se bastase a sí misma, por lo que sus esfuerzos en este sentido tuvieron que tomar un cariz de egoísmo adquisitivo pues él tenía que responder ante la Corona una vez decidido a llevar a cabo la empresa que se había echado a cuestras. Suya era la responsabilidad y suyos los medios para hacerle frente.

Cuando el dieciocho de noviembre de 1518 Hernán Cortés se hace repentinamente a la mar, al enterarse de posibles impedimentos para su expedición, con siete navíos que se le habían asignado, se enfrenta por primera vez al Gobernador Velázquez con tal astucia y sagacidad que ya no hubo duda entre la tripulación sobre su capacidad de mando, como lo dice Madariaga: “...aquella mañana...la armada, al romper las amarras no sólo del puerto sino del Gobernador, se dio cuenta de que había encontrado al fin un verdadero adalid.⁹”

Esta salida precipitada, lo obliga a irse para el puerto de Trinidad, al otro lado de la isla donde recluta más navíos y se provisiona bien para ya el diez de febrero del año siguiente hacerse a la vela con nueve naves (más dos que se le reunieron más adelante) para enfrentarse con su destino en el papel de Quetzalcóatl.

El Pueblo Mexica

“Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto...los palacios donde nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran...con grandes patios y cuartos...y andenes llenos de rosas y flores...y otra cosa de ver: que podían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenían hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lucido, de muchas maneras de piedras y pinturas en ella que había hartó que ponderar...¹⁰”

Así contemplaron los ojos asombrados de los españoles lo que fue Tenochtitlán: una ciudad digna, limpia y bella; cabeza de un imperio que se extendía por toda Mesoamérica. Pero no había sido siempre así.

Los pueblos nómadas que del norte bajaron para establecerse y poblar todo el continente americano, lo hicieron poco a poco y a través de cientos de años. Los antepasados de los mexicas, según cuenta la tradición, vivían subyugados como servidores en el pueblo de Aztlán, donde un sacerdote profeta llamado Huitzil o Huitzitzilin que quiere decir “colibrí” y que por ser zurdo le decían “pochtli,” les anuncia su liberación y así, viven con la promesa de un destino brillante, en el que de dominados pasarían a ser dominantes, y el sacerdote que hablaba por boca del dios forzosamente se funde con él, se diviniza, y así surge como el dios Huitzilopochtli de los aztecas a quien se comprometen a servir; y se dedican a buscar el signo que les indicará dónde deberán establecer esa ciudad majestuosa. Hasta que un día, según se lee en la Crónica Mexicáyotl: “Llegaron entonces allá donde se yergue el nopal cerca de las piedras. Vieron con alegría que se erguía un águila sobre aquel nopal. Allí estaba comiendo algo, lo desgarraba al comer. Desde lejos estuvieron mirando al águila, su nido de variadas plumas preciosas... Y luego los mexicas por esto lloraron, dijeron: hemos merecido, hemos sido dignos de este lugar donde estará nuestro poblado...¹¹” Este es el origen, no sólo de la leyenda de la fundación de Tenochtitlán que comenzó en un islote en el lago de Texcoco, sino también del nombre de dicha ciudad ya que viene de dos palabras náhuatl: “tenochtli” que significa nopal o tuna silvestre y “tlan” que quiere decir lugar; lugar de tunas silvestres o sea Tenochtitlán.

Más adelante, en la misma Crónica aflora la preocupación del pueblo de cumplir su promesa de servir a Huitzilopochtli: “Luego Cuautlequetzqui, o quizá Cuauhcoatl dijo

a los mexicas: Hijos míos, delimitemos el tlachtli, el lugar del juego de pelota... y nuestro altar de tierra, allí donde venimos a ver el águila. Tal vez descansen allí nuestro dios Huitzilopochtli. Enseguida dijeron los mexicas: Bien sea, hagámoslo. Luego dispusieron los montículos para el juego de pelota y también el altar de tierra allá...donde estuvo erguida el águila. Y con mucha miseria, pobreza, hacen, disponen la casa de Huitzilopochtli...¹²”

Pero antes de llegar al islote, pasan muchas penalidades y fatigas; luego de establecerse en Chapultepec, son expulsados de ahí y hechos prisioneros en Culhuacán de donde parten para el lago en cuyo islote vieron la señal divina y fundan su ciudad. Era el año de 1325 de la era cristiana. Aproximadamente 60 años después, siendo Acamapixtli emperador del creciente imperio azteca se inicia la construcción del que sería su templo mayor. En las nuevas excavaciones que se están llevando a cabo en la ciudad de México, se encontró una piedra con la fecha 2-Conejo Ome-Tochtli (1390) grabada en ella, piedra que puede pertenecer ya a la que fue el templo original, indicando el año en que fue terminado, o ya al segundo templo, indicando el año en que se comenzó a construir¹³; pero es un indicio muy importante que comprueba la rapidez con que el imperio mexica progresó pues en el lapso de ciento veintinueve años se ve que de un pueblo menor pasa a ser el más poderoso de Mesoamérica. Este poderío comenzó realmente cuando los mexicas derrotan definitivamente a los tecpanecas de Azcapotzalco y sus aliados de Texcoco. Las continuas guerras que los mexicas sostuvieron a través de su historia, obedecían dos motivos: uno, el celo religioso que los obligaba a mantener su promesa a Huitzilopochtli de ofrecerle sacrificios humanos, ya que era por medio de la sangre (y más valiosa era la del guerrero vencido), con la que el dios se aseguraba eternidad y con ella, protección a su pueblo; y dos, por razones económicas, ya que a partir de 1430, luego de la derrota de los tecpanecas, el auge comercial de Tenochtitlán, que corre paralelo con las conquistas militares, es asombroso, y para fines del siglo XV, durante el reinado de Ahuizotl, su mercado alcanza tal importancia, que la gente asistía de todas partes a él, no sólo a comprar, vender y comer sino también a entretenerse, arreglar asuntos y averiguar las noticias del día; el mismo emperador concedió a los mercaderes privilegios especiales considerándoseles como pequeña nobleza. Los españoles quedaron impresionados al ver la diversidad y calidad de productos que se encontraban en el mercado Tlatelolco de Tenochtitlán como refiere Bernal Díaz: "...y desde que llegamos a la gran plaza, que se dice Tlatelulco, como no habíamos visto cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían.¹⁴”

Este orden y “concierto que en todo tenían”, se observa también en la planificación de sus ciudades que venía de la división cuatripartita: cuatro partes porque cuatro son los puntos cardinales; idea llevada también a la organización política y social.¹⁵

Así, Tenochtitlán estaba edificada sobre una base cuadrangular, con sus calles y canales, casas y chinampas cuidadosamente alineadas que son una prueba indiscutible de que la ciudad fue esmeradamente planeada y en la que nada se dejaba al azar. A falta de agua potable, ésta se hacía llegar de Chapultepec y de Coyoacán por medio de acueductos especialmente contruidos para tal fin.

El recinto del templo mayor tenía cuatro puertas orientadas hacia cada uno de los puntos cardinales y era el eje y el remate de la ciudad entera ya que en él se le rendía tributo al dios que les había anunciado lo que eran al fin: “...Los haré señores, reyes de cuanto hay por doquiera en el mundo, y cuando seáis reyes, tendréis allá innumerables e infinitos vasallos que os pagarán tributo...”¹⁶ Si, Huitzilopochtli les había cumplido su promesa; por ello el pueblo mexica era a la vez guerrero incansable y religioso fanático ya que para dominar y extender sus dominios necesitaron pelear constantemente a la par que darle a los dioses el culto que se les debía para lograr y conservar lo que se les tenía prometido. Esta dualidad se observa también en la nobleza mexica pues ya desde que asistían a su escuela especial llamada Calmecac, los jóvenes aprendían de los sacerdotes: medicina, astronomía, escritura, historia, literatura y filosofía además de las leyes y el arte militar para poder regir y alcanzar posiciones elevadas al graduarse. El emperador era a la vez el gran jefe militar y sacerdote supremo (de Huitzilopochtli) y gobernante absoluto y aunque su puesto era elegido más que hereditario, los siete últimos emperadores mexicas fueron de una misma línea a partir de Itzcóatl (el cuarto emperador).

Pero los aztecas eran descendientes de los teotihuacanos y de los toltecas de quienes heredaron, entre otras cosas, el culto a Quetzalcóatl o Serpiente Emplumada que había prometido a su pueblo que regresaría y durante el reinado de Moctezuma II aparecieron varios presagios funestos que los mexicas, en especial el emperador, aseguran haber visto según consta en el Códice Florentino. Entre los augurios estaba el de unos hombres extraños que eran “llevados en unos como venados enormes”; por eso, cuando le llegan a Moctezuma las noticias de que unos hombres extraños habían llegado en “unas como torres o cerros pequeños por encima de la mar” y que tenían unos como venados enormes y perros muy grandes y feroces, se llena de angustia y de dudas; ¿sería que al fin, había regresado Quetzalcóatl?

Frente a Frente

Antes de desembarcar en Veracruz, Hernán Cortés para primero en Cozumel y después cerca de la desembocadura del Río Grijalva y en ambas ocasiones le sonrió la suerte, ya que en la primera, recoge a Jerónimo de Aguilar, náufrago español que, por haber vivido entre los mayas varios años, había aprendido su lengua con fluidez; y en la segunda, le son entregadas varias esclavas indígenas entre las cuales se contaba la famosa Malintzin o Malinche, como la llamaron los españoles, que hablaba el náhuatl además del maya. Con estos dos personajes claves, Cortés pudo comunicarse desde el principio, con los nativos que se iba encontrando, facilitándosele en mucho establecer las relaciones necesarias para su victoria contra Moctezuma.

Estando en Veracruz, recibe a los emisarios del emperador mexica quienes le hacen entrega de los ricos presentes que aquél les enviaba, entre los que les entrega ciertos manjares y unos cautivos “para que los sacrificaran en el caso de que, siendo Quetzalcóatl, pidiera sangre”. Moctezuma duda de que los recién llegados sean dioses, pero quiere asegurarse, por eso pone a prueba a Cortés mandando los alimentos que, así como los sacrificios de las víctimas, eran la especialidad de Quetzalcóatl; se angustia y con cautela trata de evitar que los seres extraños lleguen a su ciudad. Los españoles, entretanto, oyen con asombro todo lo que sobre México se les dice sin decidirse a adentrarse en su búsqueda hasta que, al quemar sus naves, ya no les queda más alternativa que la de emprender el viaje hacia el interior.

Su recorrido hacia Tenochtitlán fue azaroso como era de esperarse, pero gracias al tacto y diplomacia de Cortés y a los muchos enemigos que el poderoso imperio mexicano tenía, el segundo día del mes Quecholli, octavo del Ehecatl del año Ce-Acatl (1-Caña), es decir, el martes 8 de noviembre de 1519, Moctezuma Xocoyotzin y Hernán Cortés estaban frente a frente.

Dos pueblos, dos culturas, dos mundos se enfrentaban y, al hacerlo, el destino de ambos tomaría rumbos insospechados! El pueblo mexica y el pueblo español, tan diferentes el uno del otro y, sin embargo, tan parecidos: ambos eran guerreros por la tradición y el desenvolvimiento de su pasado histórico y ambos, también eran fanáticamente religiosos, fanatismo que rayaba en lo fantástico y sobrenatural. El mundo viejo y el nuevo mundo; curioso incidente que los europeos llamaran así al mundo descubierto por Colón porque es un hecho comprobado que el continente americano fue el más “nuevo” o último en poblarse. Dos culturas, dos civilizaciones que se enfrentaban al fin pero una de ellas, la española, llevaba la ventaja pues su conocimiento del mundo exis-

tente (recordemos que Europa tenía comercio con Asia y Africa), lo ponía a la delantera puesto que los mexicas, ignorantes de todo eso, consideraron a aquéllos como dioses, como a seres superiores y no como lo que eran: invasores y conquistadores, humanos al fin.

Lo que pasó es historia conocida: luego de permanecer en Tenochtitlán, como huéspedes de Moctezuma, por un tiempo, Hernán Cortés sale hacia Veracruz para defenderse de Narváez que venía a arrestarlo en nombre del Gobernador de Cuba y deja al mando de los que se quedan a Pedro de Alvarado quien ataca a los mexicanos que celebraban la fiesta del Toxcatl que era una de las más importantes para ellos y que, para celebrarla, habían pedido permiso a Cortés (aún creían que podía ser Quetzalcóatl) y éste se lo había dado. Este sorpresivo ataque demostró a los indígenas la condición humana de sus atacantes: a partir de aquel instante, dejaron de ser “teules” para convertirse en “popolocas” o bárbaros.

Tras de derrotar a Narváez, Cortés regresa a México para encontrarse con sus hombres rodeados por los enfurecidos mexicas y son obligados a escapar hacia Tlaxcala en la denominada “Noche Triste” sufriendo grandes pérdidas. Después de recuperarse entre sus aliados, los españoles atacan y sitian la Gran Tenochtitlán que al fin sucumbe el día Ce-Cóatl del año Yeu-Calli (1-Serpiente, 3-Casa) o sea el 13 de agosto de 1521.

Mucho se ha especulado sobre estos hechos históricos: ¿Cómo un puñado de hombres pudieron vencer a miles? ¿Fue la superioridad de armas y equipo el factor decisivo? Si bien Cortés, como se ha indicado, poseía cualidades que lo colocaban por encima de sus coterráneos, es también evidente que hubo factores ajenos a él que le facilitaron, no sólo a él, sino a los demás conquistadores también, la tarea del éxito.

Por extraño que parezca, el Continente Americano estaba casi completamente esterilizado en cuanto a las enfermedades del viejo mundo se refiere y fueron precisamente estas enfermedades las que causaron la muerte de tantos miles de indígenas¹⁷ quienes veían en estas calamidades la fuerza superior del dios extranjero ya que los suyos propios no podían detenerlo. Aparece como una ironía la yuxtaposición de ese carácter religioso de los dos pueblos pues, los españoles, que tratan de imponer su fe en los pueblos conquistados, no se dan cuenta, y esto es lo irónico del caso, de que al propagar el bautismo de salvación que implicaba la destrucción de los dioses falsos, los de los indígenas, so pena del infierno, propagan también la viruela, el sarampión, etc. cuyos orígenes, así como el ser inmunes a ellas, desconocían los mismos españoles quienes, en su celo religioso y fanático, ven en la muerte de tantos nativos como una ayuda de Dios y crean en el indio, religioso fanático a su vez, una especie de supersticioso temor hacia

ese nuevo dios. Francisco de Aguilar, uno de los hombres de Cortés que después abrazó la vida religiosa escribió sobre la salida de Tenochtitlán, la histórica “Noche Triste”, que después de que los cristianos habían quedado exhaustos por la guerra, “Dios les mandó la viruela a los indios¹⁸”. Motolinía también reporta que más de la mitad de la población de México se moría y que “...murieron de a montones, como chinches...¹⁹”

Con la imposición de la nueva fe, se impusieron también nuevas costumbres y maneras de vivir, pero al mismo tiempo que los pueblos dominados eran sometidos a las nuevas leyes y tradiciones de los conquistadores, éstos, a su vez, eran influenciados por aquéllos. Del “orden y concierto que en todo tenían”, los españoles aprendieron a trazar las nuevas ciudades de modo que ponían buen cuidado en su planeación y Cortés mismo ordenó la construcción de la iglesia y la plaza primero, con la casa capitular (Cabildo) después, edificios públicos, etc. y este trazo característico se encuentra en todos los pueblos a través de toda la América conquistada por los españoles. Si los antiguos Señores de Tenochtitlán se afanaron por engrandecer cada vez más su Templo Mayor, también los hombres de Castilla pusieron su mejor empeño en edificar iglesias, conventos y majestuosas catedrales que rivalizarían con los de España.

En su celo religioso, también destruyen todo lo que tras largos años de civilización constituía la cultura mexicana: no fueron solamente los edificios de aquella ciudad magnífica lo único que destruyeron; aniquilaron también el espíritu del pueblo porque los mexicanos, dice Sahagún, lloraban al ver cómo quemaban sus códices, que contenían la historia de su raza y, para ellos, era un tesoro de singular valor. Por otro lado, los indígenas, con su sociedad de clases diversas se vieron de pronto reducidos a una sola; ya no había sacerdotes, ni nobles, ni guerreros, ni caballeros águila, ni caballeros tigre: todos ellos eran una sola clase; la que debía servir y someterse; ya no podían vestir sus mantos de plumas, ni sus penachos, ni sus collares de oro; ahora deberían vestir con modestia, a la usanza nueva. Así relatan los mismos indios en el Anónimo de Tlatelolco: “El que era gran capitán, el que era gran varón solo por allá va saliendo y no lleva sino andrajos. De modo igual, las mujeres, solamente llevaban en sus cabezas trapos viejos...²⁰”

La conquista espiritual, aunque más violenta y traumática para los indígenas, obligó a los misioneros del siglo XVI a estudiar las lenguas y costumbres prehispánicas porque para poder combatirlos como contrarios al cristianismo, necesitaban conocerlos; así surgieron los primeros estudios etnográficos y por éstos se ha podido reconstituir el pasado indígena que, de otro modo, se habría perdido irremisiblemente.

Puestas frente a frente las dos culturas, una: la española, se sobrepuso a la otra:

la indígena; pero no la aniquiló sino que ésta, lenta y casi intangiblemente se fue fundiendo con la primera para dar su pincelada maestra, su toque personal a la nueva cultura que por fuerza brotó y, como el Ave Fénix, de entre las ruinas y cenizas de Tenochtitlán, se levantó Quetzalcóatl con el nombre de Nueva España.

La Nueva Nación

Trescientos años después, al independizarse, el joven país tomó el nombre del pueblo que dominara la región a la llegada de Cortés y comenzó a abrirse paso junto a las demás naciones del Nuevo Continente.

Al abrirse paso en un mundo dominado por europeos, era necesario tener personalidad y dignidad propias y no ser calificado ni de español, ni de inglés, ni de portugués, etc. Por tal motivo, surge el "Indianismo" en el movimiento literario para dar al pueblo un conocimiento de sus raíces más hondas y hacer surgir de ellas su propio yo. El buscar su identidad en las culturas indígenas fue una reacción lógica queriendo borrar la "ignominiosa dominación española", si así quiere llamársele al periodo Colonial. Que haya habido este resentimiento en los fervientes primeros años de su independencia, es comprensible; pero el continuar con una actitud negativa ante lo español, es también el negarle a los indígenas sobrevivientes el mérito que se merecen, ya que fueron ellos, más que los conquistadores, los que forjaron la nueva cultura.

Analícemos: una vez caída Tenochtitlán, los vencedores destruyen aquella ciudad que por su hermosura y buen trazo a ellos mismos les había parecido como "cosa de encantamiento" según palabras propias de Bernal Díaz²⁰ y empiezan a construir la nueva ciudad. Pero ¿quién la construye? Es realmente de admirarse cómo aquellos indios que jamás habían visto construcciones europeas, pudieran erigir con sus propias manos, siguiendo las burdas indicaciones de los españoles, aquellos palacios y catedrales que en muchos casos superan a los europeos. Hay que tener en cuenta que entre los conquistadores no había arquitectos ni planificadores y que los únicos que eran letrados eran los pocos misioneros y sacerdotes y algún puñado de los capitanes y soldados. En cien años, la capital del que fuera el gran Imperio Azteca, contaba ya con edificios de piedra no sólo al estilo europeo de la época, sino con el indiscutible toque artístico y único que las manos artífices indígenas les añadían, dándoles así, su sello personal y característico.

El periodo colonial puso a la Nueva España al parejo con su Madre Patria y, si el sistema de encomienda y la Santa Inquisición son tenazmente criticados y vitupeados, no es de sorprenderse que hayan sido copia exacta de los de España.

Ya en los albores del presente siglo, ese darse a conocer a sí mismo, esa glorificación de las civilizaciones indígenas, se refuerza en los murales de la post-Revolución Mexicana que seguían la idea de educar y enseñar al pueblo su pasado glorioso. Pero en México, esa glorificación subrayó el antagonismo contra España en general y contra Cortés en particular, de tal manera que éste ha llegado a ser un símbolo negativo del cual brota el nacionalismo mexicano.

Un resentimiento similar contra Inglaterra durante los años tempraneros de la época de la post-revolución americana, quizás haya impulsado y ayudado a solidificar la identidad nacional del pueblo de los Estados Unidos. Sin embargo, sería no sólo absurdo sino también inconcebible que en la actualidad los americanos conservaran ese mito anti-británico en vista de que son los Estados Unidos y no Inglaterra los que mantienen el dominio en la escena mundial.

Por su parte, el que en México todavía continúe el mito contra lo español, y de hecho, contra Cortés, sólo demuestra la falta de madurez y la poca confianza que el pueblo mexicano tiene en sí mismo. Esta manifestación, que no es otra cosa más que un complejo de inferioridad, se pone de manifiesto en el llamado "Malinchismo", que es el nombre que los mismos mexicanos dan a la manifestación de preferencia por lo extranjero en vez de lo nacional; es un "yo acuso" a la Malinche por haber servido y amado a Cortés sin tomar en cuenta el hecho de que ella fue un regalo, junto con otras jóvenes, que los propios indígenas hicieron a los conquistadores. Cabe señalar aquí que, si se compara a Cortés con los demás conquistadores, Hernán sobresale de tal modo que, hablando de los actos sangrientos en las conquistas de la América del Sur, dice Kirkpatrick: "Si los vencedores hubieran actuado con razonable prudencia, si se hubiera tratado de un Cortés o un Balboa, el historiador no tendría sino indicar el proceso de consolidación."²¹

En la época presente, México está surgiendo como un país con su propio prestigio y poder. Su "sabor nacional", es decir, su propia personalidad, es único y legítimamente mexicano y ha sido aplaudido y admirado mundialmente en varias ocasiones. Al decir México, las imágenes que se vienen a la mente no son ni la de Cuauhtémoc ni la de Cortés, ya que éstos no son más que capítulos en las páginas de su historia.

Conclusión

Así ha sido. Los hechos pasados en las páginas de la historia no se pueden cambiar. En cambio, el presente, lo que se está experimentando y que será la pauta del ma-

ñana, si no cambiarlo completamente, si lo podemos moldear y modificar para acomodarlo a un futuro mejor y más brillante.

México no tiene de qué avergonzarse. En las páginas de su pasado tiene, como todas las naciones del mundo, escenas gloriosas salpicadas de heroísmo y escenas turbulentas de crueles y despiadados hechos; detalles humanos de ternura conmovedora al lado de otros de calculadora frialdad. Pero todas las naciones se han forjado con más o menos hazañas de igual índole porque al fin y al cabo están formadas de la misma substancia: el hombre. Pero México tiene un sello único que lo distingue de las otras naciones y este sello es el variadísimo folklore que ha heredado de sus antepasados; no sólo indígenas, sino también españoles.

Cuando a partir de la Revolución Mexicana el pueblo entero se volvió hacia su pasado indígena rechazando todo lo extranjero, ¿por qué negó también lo español? Después de todo, ¿no somos la mayoría de los mexicanos, de sangre criolla? ¿Quién hay que pueda llamarse “indio” en un cien por ciento? Por nuestras venas mexicanas corren paralelas la sangre de los conquistadores y la de los indígenas. Bien analizadas nuestras costumbres y tradiciones que forman parte de un folklore tan variado y rico, son una mezcla de las dos culturas; los trajes regionales tan bellos y tan característicamente mexicanos, son también el producto de las dos civilizaciones fundidas en una sola. Entonces, ¿por qué querer negarle a Cortés el sitio que merece entre nuestros antepasados ilustres? El tuvo la ilusión de hacer de México una gran ciudad, (y a principios del siglo pasado el Barón Von Humboldt lo probó al llamarla “La Ciudad de los Palacios”), en su testamento reconoce a sus hijos bastardos y pide ser enterrado en suelo mexicano porque en él estaba su corazón. Como todo ser humano cometió errores, pero hay que reconocer que muchas decisiones las tuvo que hacer sobre la marcha, en momentos cruciales ante situaciones nunca antes enfrentadas por persona alguna; fue él quien marcó el camino a seguir por otros conquistadores.

Carlos Fuentes, el conocido escritor mexicano dice: “No ha habido un héroe con éxito en México. Para ser héroes han debido perecer: Cuauhtémoc, Hidalgo, Madero, Zapata. El héroe que triunfa no es aceptado como tal: Cortés.”²³ Hablando de México, tres años antes de morir Hernán Cortés escribe a Carlos V: “Esta obra que Dios hizo por mi medio es tan grande y maravillosa...” ¿Por qué, si es “tan grande y maravillosa” no lo reconoce con el mérito que se merece? Es como dice Madariaga: “porque aquella nación con la que soñó no ha llegado todavía a encontrar su alma. Injerto de una raza sobre el tallo de otra, todavía no ha llegado a dar de sí el concepto y el sentido claros de su ser y de su destino y vive en agitación constante, en duelo perpetuo entre las dos sangres, de

modo que todos los días muere apedreado Moteczuma y muere ahorcado Guatemozin (Cuahtémoc) y todos los días el blanco conquista al indio en el alma del mejicano.²⁴

Después del desastroso terremoto que sufrió la capital del país en el pasado mes de septiembre de 1985, el Presidente Miguel de la Madrid expresó que México es un país lo suficientemente grande para enfrentarse a sus tragedias y problemas. Así, pues, hay que demostrar al mundo que México es ya una nación madura que se ha encontrado a sí misma y tiene su propia personalidad, dándole a Hernán Cortés el sitio que se merece entre nuestros antepasados ilustres y con ello probaremos que somos una nación libre, orgullosa y limpia de prejuicios.

NOTAS REFERENCIALES:

1. Kirkpatrick, Frederick A. Los Conquistadores Españoles, Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1970
2. Madariaga, Salvador de, Hernán Cortés, Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1941
3. Benavente (Motolinía), fray Toribio de, Memoriales o libro de las cosas de Nueva España y de los naturales de ella. Edición, notas, estudio analítico de los escritos de Motolinía y apéndices por Edmundo O'Gorman, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1971
4. Sahagún, fray Bernardino de, Historia General de las Cosas de Nueva España, 4 Vol., edición preparada por Angel Ma. Garibay K., Editorial Porrúa, S. A., 1956
5. Las Casas, fray Bartolomé de, Historia de las Indias, volúmenes 62-65 de la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, por el Marqués de la Fuesanta del Valle y Don José Sancho Rayón, Madrid, 1875
6. Madariaga, op. cit.
7. Ibid.
8. Cortés, Hernán, Cartas y Relaciones al Emperador Carlos V, Don Pascual de Gayangos, París, 1866
9. Madariaga, op. cit.
10. Díaz del Castillo, Bernal, Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, Editorial Porrúa, S. A. México, 1970
11. Alvaro Tezozómoc, Fernando, Crónica Mexicáyotl, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1975
12. Ibid.
13. López Portillo, José, Miguel León Portillo, Eduardo Matos, El Templo Mayor, Litógrafos Unidos, S. A., México, 1981
14. Díaz del Castillo, op. cit.
15. Cosío Villegas, Daniel, Ignacio Bernal, Alejandra Moreno Toscano, Luis Gonzalez, Eduardo Blanquel, Historia Mínima de México, El Colegio de México, México, 1973
16. Alvaro Tezozómoc, op. cit.
17. Crosby, Alfred W. Jr., The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492, Greenwood Press, Westport, Conn. 1972
18. Ibid.
19. Benavente, op. cit.

20. Berlín Henrique, versión preparada de Anales de Tlatelolco, Unos Anales Históricos de la Nación Mexicana y Códice de Tlatelolco, Librería Robredo, México, 1948
21. Díaz del Castillo, Bernal, op. cit.
22. Kirkpatrick, Frederick A., op. cit.
23. Fuentes, Carlos, La Región más Transparente, Fondo de Cultura Económica, México, 1971
24. Madariaga, op. cit.